

Estudios Sociales
Vol. XXXVII, Número 137
Julio-Septiembre 2004

Recensiones

Leopoldo Artiles Gil¹

Hegemonía trujillista y campesinado. Contribución a su interpretación histórica

Foundations of Despotism. Peasants, the Trujillo Regime, and Modernity in Dominican History. Stanford University Press, 2003, escrito por Richard Lee Turits, profesor de historia de la Universidad de Princeton, es la más reciente obra histórica de carácter académico sobre algún aspecto clave del régimen de Trujillo, que se haya publicado en inglés. Y al parecer es un texto de no pocos méritos, a juzgar por los dos importantes premios recibidos hasta este momento, a saber, el John Edwin Fagg Prize del 2003, y el Outstanding Academic Title Award del 2003, los cuales indican el interés y valoración concitados por el texto reseñado en estas páginas.

Ciertamente que el texto tiene méritos, el principal de los cuales es el de enriquecer la bibliografía académica existente sobre la relación entre el campesinado dominicano y el régimen trujillista. Decimos "enriquecer" porque hay, aunque pocos, antecedentes de este tratamiento en la historia social dominicana, como es por ejemplo el texto de Roberto Cassá, *Capitalismo y Dictadura*, (1982) que dedica

¹ Sociólogo.

un capítulo sustancioso al sector agropecuario en el cual este autor señala un aspecto que está en correspondencia con la principal tesis de Turits: la incorporación a lo largo de la llamada Era de Trujillo de nuevas tierras en base a la reproducción del minifundismo y la mejoría del proceso productivo agrícola sin alterar el *"primitivismo tradicional"* (Cassá, 1982:85). Turits hace énfasis en el carácter autárquico que durante siglos el campesinado dominicano exhibió planteando claros límites a la dominación estatal. Con Trujillo esto habría de cambiar mediante un arreglo político y social que involucraba el aspecto señalado por Cassá, y a la vez puede recibir una lectura desde la perspectiva de construcción de hegemonía por parte del régimen trujillista, según la cual Trujillo, no obstante el monopolio de la fuerza física logrado tras la aniquilación de los caudillismos regionales, "respeto" ciertos aspectos del *modus vivendi* del campesinado dominicano a cambio de su lealtad al régimen. Ciertamente, más allá de ahí, ambos autores toman diferentes rutas en términos de la ponderación del peso del campesinado a la hora de juzgar su aporte al control político y la durabilidad del régimen trujillista. Mientras para Cassá la acumulación de capital vía el proceso de industrialización (que incluye al sector agro-industrial azucarero) funge un rol más relevante en la explicación tanto del régimen trujillista como de su durabilidad, para Turits pareciera ser que la hegemonización del campesinado tiene, si no necesariamente la mayor importancia (y el autor no pretende irse por este camino), sí un peso mayor del que se le ha atribuido a ésta en la explicación de la consistencia y durabilidad del régimen trujillista.

Y es que de hecho, Turits considera que está aportando fundamentalmente una perspectiva teórica e interpretativa que no se ha ensayado en la bibliografía existente. Señala que la mayoría de los estudios que tratan directa o tangencialmente dicha relación, como factor explicativo de la larga duración del régimen, hacen descansar el apoyo ambivalente que dio el campesinado a la dictadura a los recursos ideológicos, propagandísticos y de fuerza que el régimen utilizó a lo largo de su existencia. Esto implicaría una noción de *"falsa conciencia"*. Por el contrario, el autor prefiere utilizar una noción revisada del concepto de hegemonía aportado por Gramsci, -un concepto que aunque es muy central el autor no lo desarrolla ampliamente-, en el sentido de que la dominación trujillista no necesariamente se sostiene en el mero uso de la fuerza, ni de la represión ni de la excesiva propaganda. Para él, hegemonía involucra *"desde los beneficios materiales, pasando por ciertas restricciones estratégicas, hasta lo*

cultural y las fuerzas subjetivas" (p.270n). En otras palabras, si bien es cierto que Trujillo sabía ejercer el poder brutalmente y con una absoluta discrecionalidad, así como sabía usar las formas más surreales de propaganda y glorificación de su persona y de su familia, compitiendo con cualquier régimen totalitario existente, así como desplegar de manera incontenible y abusiva su apetito sexual contraviniendo mínimas normas de respeto y de derecho, y, finalmente, imponer el terror como factor disuasivo cuando lo creía conveniente, Trujillo al menos logró un amplio apoyo en el campo dominicano *"implementando políticas agrarias populares y respondiendo a, y transformando de forma variable sus necesidades, culturas e identidades para promover la aceptación de su régimen como su identificación con el mismo"* (Turits, 2003:8, trad. LA.).

En efecto, estos tres aspectos que conforman el cordón hegemónico -necesidades, culturas e identidades- cobran importancia relevante en cuatro de los capítulos en que se divide la obra, a saber, el 3, que aborda el compromiso entre Estado y campesinado en los procesos de transformación rural durante la dictadura, el 4, que trata sobre las negociaciones entre dictadura, terratenientes, funcionariado estatal y luchas diarias en torno a la reforma agraria, el 5, enfocado en el tema de la colonización de la frontera y sus implicaciones para las relaciones de la dictadura con Haití y el manejo del problema racial, y el 6, que concluye con el proceso de colonización agrícola como forma de reforma agraria.

En el capítulo 3, Turits nos sumerge en el relato de la ascensión de Trujillo al poder mediante la usurpación del mismo al líder Rafael Estrella Ureña, quien fuera líder de un movimiento cívico orientado a sacar del poder al presidente Horacio Vásquez, de cuyo gobierno el primero fuera ministro de relaciones exteriores. El gobierno de Vásquez fue constantemente acusado de corrupción, y al final, el proyecto de reelección lo sumió en la crisis que determinó la salida de su presidente, evento que fue aprovechado por Estrella Ureña en alianza con Trujillo. Cuando Trujillo ocupa el poder, lo hace dependiendo básicamente de su control de la Guardia Nacional Dominicana, que hasta ese momento había sido la organización militar más centralizada y por ello más capaz de ejercer el monopolio de la violencia. Este factor obliga a Trujillo a construir una base social para su gobierno, lo cual hace asegurando su aceptación por la población campesina. Esta aceptación Trujillo la logra capitalizando las amenazas que el

campesinado visualizaba en los años 30s como muy peligrosas para su ancestral autonomía. Una amenaza significativa la constituían los cambios en las relaciones de propiedad producidos por el desarrollo de la agricultura comercial que tendían a cerrar el acceso a la tierra por obra de la delimitación legal por títulos, y por lo tanto, a liquidar el modo de vida campesino; Trujillo aprovechó la amplia disponibilidad de tierras públicas y privadas sin títulos para iniciar un amplio programa de repartición y legalización de tierras entre el pequeño campesinado, quienes, gracias a la construcción de infraestructura, podrían tener mayores facilidades para mercadear sus productos. Claro está, los beneficios que el campesinado obtuvo de esta *"alianza"* con Trujillo tuvo el precio de forzar a los campesinos a producir de manera sedentaria, intensiva y más eficiente, al tiempo que aceptaban la imposición de ciertas normas estatales clave, como eran las leyes contra la vagancia, la reducción del terreno libre para crianza silvestre de animales, cedulaación, registro de nacimiento, en fin, normas que ligaban al campesinado al Estado y a Trujillo bajo una instancia *"protectora"*. Un dato de importancia fue el contacto personal de Trujillo con los campesinos, a través de extensos recorridos por el campo *"a caballo"*, de encuentros con la población y celebraciones de *"revistas cívicas"*, escenarios donde Trujillo se presentaba como jefe y amigo de los *"hombres de trabajo"* del campo. En términos políticos Trujillo desarrolló un estilo populista-autoritario en su tratamiento del campesinado.

En el capítulo 4 Turits matiza y refuerza algunas de las implicaciones de su argumento en el capítulo anterior, señalando los límites que imponían ciertos sectores a su programa de *"reforma agraria"*, que si bien no tuvo la forma de un programa de expropiación de tierras del sector terrateniente pudiente para traspasarlas al campesinado pobres, sí entregó tierras que tenían reclamantes con poder, pero no con la suficiente cobertura legal para poseerlas. Entre esos reclamantes figuraban grandes terratenientes y compañías, sobre todo extranjeras (y entre las extranjeras, sobre todo norteamericanos) que tenían reclamos sobre tierras no explotadas. Turits argumenta que este factor hizo moverse al régimen en un terreno de ambigüedad, porque por un lado tenía que cuidarse de los poderes regionales y locales al tiempo que satisfacía las demandas campesinas a través de un programa de reforma agraria con lenguaje populista, lo cual le imponía un papel de mediador, en muchos casos, entre campesinado

y grandes dueños de tierras.² Aunque sujeto a variación de acuerdo al tiempo y al lugar, el régimen derivó de esta situación la ventaja de figurar ante el campesinado como su protector ante los intereses de grandes terratenientes, mostrando una cierta ambigüedad en torno a la protección por el Estado de los derechos de propiedad de los terratenientes, o de las compañías azucareras norteamericanas, pero al ser estas últimas las más poderosas como actores, condicionaron al régimen muchas veces a posiciones de relativa impotencia en su rol de árbitro, lo cual costó a miles de campesinos su expropiación por parte de las grandes compañías azucareras.³ La posición del régimen trujillista no correspondía, sin embargo, a la de un simple títere, pues aunque las compañías norteamericanas no fueron afectadas por los intentos de reforma agraria del gobierno, sí fueron objeto de mayores impuestos, los cuales llegaron a constituir en 1940 casi el 40% de los ingresos del Estado. En resumen, para Turits, lo que se evidencia al análisis profundo del régimen de Trujillo en su relación con el campesinado, los intereses nacionales y extranjeros, y los propios intereses intra-gubernamentales es *"...una sociología de la dominación autoritaria en la cual el dictador no monopoliza por entero la escena del análisis. Aun en una dictadura tan poderosa y personalista como la de Trujillo, el Estado no se imponía simplemente a una sociedad condescendiente. Por el contrario, el poder del*

² Turits observa que en el gabinete de Trujillo había funcionarios que promovían la reforma agraria como parte de una agenda nacionalista, oponiéndose inclusive a la gran propiedad extranjera y apoyando al productor agrícola nacional pequeño. Este era el caso de César Tolentino y Rafael Espaillat.

³ *"Como hemos visto, la defensa afirmativa aunque no muy entusiasta por parte del Estado trujillista de la propiedad privada forzó al régimen a contener el cuerpo de burócratas y funcionarios locales comprometidos con la realización de las metas de la reforma agraria. Puesto que en la mayor parte del país durante la década del 30 se carecía de títulos de propiedad definitivos, las inconsistencias del discurso oficial sobre la propiedad privada eran manejables. En las zonas azucareras orientales, sin embargo, la amplia consolidación de la propiedad privada hizo de estas contradicciones un problema insoluble. Más aún, los conflictos con las compañías azucareras norteamericanas eran especialmente peligrosos, dadas las amenazas de retaliación por parte del gobierno de los Estados Unidos, o inclusive de una intervención militar. En la región azucarera oriental, el régimen tuvo que escoger entre la aceptación de expropiaciones de gran escala o el repudio de los derechos de propiedad de las compañías norteamericanas. Al final el régimen escogió la segunda alternativa. Trujillo se rindió a los intereses extranjeros, sin duda considerando la escasa población de la región —y por lo tanto la posibilidad de que la población campesina desposeída fuera absorbida por otras áreas— versus el poder de las compañías azucareras norteamericanas."* (p.131, trad. LA)

Estado era ejercitado diariamente a través de la negociación y el balance de fuerzas encontradas. Para mantener dicho balance, el régimen contemporalizaba y a veces revertía el curso en una intrincada danza de dominio dictatorial que perpetuó el poder de Trujillo por treinta y un años” (p.142, trad. LA).

En el capítulo 5 accedemos al tratamiento que aporta Turits sobre la masacre de haitianos en 1937, consistente en vincular tanto el discurso como la política agraria del régimen con un componente nacionalista de carácter anti-haitiano y racista, vinculación que el autor hace descansar en las contradicciones que enfrentó el régimen para dotar de tierras a muchos pequeños campesinos expropiados por las grandes compañías azucareras norteamericanas en un momento en el cual la disponibilidad de tierras fue decreciendo. En este contexto, la región fronteriza se prestó como una oportunidad para que los discursos nacionalistas, anti-haitianos y racistas compusieran el caldo de cultivo que dio lugar a la masacre. Turits señala que estos discursos no nacieron durante el gobierno de Trujillo, se remontan mucho más atrás, a la década de los años 20, cuando una parte sustancial de la intelectualidad dominicana empezó a fantasear con un proyecto de recuperación de la frontera, entonces conformada como una área fronteriza transnacional, donde su población, conformada principalmente por haitianos étnicos y descendientes de haitianos habían vivido ajenos a las visiones de lo nacional-dominicano formuladas por la intelectualidad dominicana urbana. Esta es la situación que da lugar a un interés del Estado en reforzar la frontera y establecer colonias agrícolas en la región. Esto a su vez conectaba con un miedo de las élites dominicanas, el de la “*invasión pacífica*” de haitianos. Sin embargo, resulta de mucho más valor entender lo que la masacre de haitianos en 1937 ha significado para la manera como las generaciones posteriores de dominicanos conciben su relación y su “*diferencia*” con respecto a los haitianos, y por las consecuencias que tuvo en general para los trabajadores haitianos o descendientes de haitianos en el país. En la primera instancia, la masacre de 1937 validó el anti-haitianismo, y en la segunda, después de la masacre la población haitiana trabajadora

en la República Dominicana, de haber tenido una posición económica y social semejante a la del resto del campesinado dominicano, pasó a ser la fuerza de trabajo más barata y sometida del mercado laboral del país. Es por ello que entre sus conclusiones figura una de particular interés: el impacto de la masacre de haitianos en 1937 obró en última instancia en el carácter más que en la magnitud de la presencia haitiana en la República Dominicana, y su consecuencia principal fue la destrucción del mundo haitiano-dominicano de la frontera, de lo cual derivó la transformación de los significados populares de la identidad dominicana, cultura y nacionalidad. En el capítulo siguiente se revisa el programa de colonización de la frontera y otras zonas rurales poco pobladas, recurriendo al estímulo a la inmigración de población extranjera, básicamente hispana.

Aunque consideramos los capítulos comentados como los centrales del libro, es interesante anotar que el capítulo 7 aborda el tema de la memoria colectiva entre el campesinado dominicano actual referentes a la dictadura, en el cual el autor nos aporta una interesante visión de la relación subjetiva de este sector con Trujillo, trazando así un importante rasgo de la cultura política del campesinado dominicano. El autor enfoca esta memoria como evidencia para apoyar su tesis sobre la relación no siempre coercitiva, más bien hegemónica de Trujillo con el campesinado, a partir del contenido ambivalente de dichas memorias, permeadas tanto de nostalgia como de temor, y más proclive a valorar el orden y el respeto para ellos predominantes durante la dictadura, que a resaltar el terror y el abuso (Ibid, p.228). Un dato de importancia que el autor recaba para fortalecer su tesis, es la evidencia de la relativa autonomía que las autoridades locales tenían con respecto al ejército, a tal punto que los alcaldes pedáneos operaban como balance al abuso policial o militar, toda vez que los apresamientos en las áreas rurales tenían que contar con el consentimiento de éstos. Por lo demás, si bien los campesinos dominicanos recuerdan aspectos opresivos del régimen, ellos tienden a valorar más los beneficios materiales, el orden y la continuidad en medio del cambio (Ibid., p. 231).

Consideramos que este capítulo cobra la mayor importancia a la luz de lo que significó esta memoria en los tiempos post-trujillistas.

Turits argumenta que entre los elementos que ayudan a explicar la caída del régimen trujillista figuran la adopción por parte de Trujillo de una orientación nueva de acumulación de riqueza que se expresó en las compras, por parte de éste, de la mayoría los ingenios de propiedad norteamericana, y la correspondiente pérdida de interés en el apoyo del campesinado. Las compras de los ingenios estuvieron teñidas por numerosos conflictos entre Trujillo y los dueños norteamericanos de los mismos, quienes en muchos de los casos no vendieron porque querían vender, sino porque el régimen les creaba condiciones desfavorables que a la postre los obligaban a vender. Entre las tácticas empleadas por Trujillo estuvieron la anulación de exenciones impositivas, exigencias a las compañías de que cumplieran con ciertos términos de las leyes laborales del país, prohibición de la suspensión de servicios (agua y luz) a los clientes por falta de pago y, finalmente, creación de un clima de opinión por medio de la prensa negativo a los intereses extranjeros en la economía del país. El patrón aplicado por Trujillo con los ingenios se replicó con otros tipos de compañías en manos norteamericanas, como al Compañía Eléctrica de Santo Domingo. Esto no pasó desapercibido por las autoridades norteamericanas, que ya desde mediados de la década habían empezado a resentirse por estos motivos con el régimen de Trujillo. Irónicamente, lo que se exponía ante la opinión pública como un triunfo “nacionalista” tenía un precio oculto: al Trujillo apoderarse de los ingenios en un período de contracción de los precios del azúcar, tuvo que drenar los recursos fiscales del Estado para sostener esta industria, y por otro lado, siendo esta industria dependiente de una mayor regimentación y apropiación de suelos, Trujillo se vio impulsado a obstaculizar el acceso del campesinado a la tierra. Por el contrario, fue el régimen el actor directamente responsable de las expropiaciones a pequeños campesinos durante la década de los 50s.

Sin embargo, es dable suponer junto con el autor que la memoria colectiva campesina no se vulneró del todo por la ruptura de la alianza entre el régimen de Trujillo y el campesinado, lo que explica que un funcionario del trujillato, que fuera vicepresidente y luego presidente en los primeros tiempos del post-trujillismo, Joaquín Balaguer, pudiera reconstruir esa relación entre campesinado y Estado.

En conclusión, el libro de Turits, además de brindarnos una lectura fascinante, aporta al conocimiento del período de la dictadura de Trujillo una nueva manera de entender el rol de una relación hasta ahora poco estudiada, como es la del campesinado y Trujillo, como fuerza eficiente de la construcción de un sistema despótico que, contrario a lo que en la literatura se reconoce como “*régimen sultanístico*”,⁴ incorpora elementos de la modernidad política como recurso de constitución de una hegemonía con componentes populistas particulares. Ciertamente, con un libro como éste no se pretende responder todas las preguntas relevantes que todavía podemos hacernos, como es por ejemplo, aquella que interrogaría el texto en torno al peso específico de esa relación con respecto a otras que también operaron como ejes relevantes de la construcción del régimen, como son los casos de la relación entre el régimen y la clase industrial, entre el régimen y la población femenina, régimen e iglesias y otras. Más allá de esta apreciación, el autor logra convencernos sobre la relevancia de la relación campesinado y régimen trujillista para explicar la estructura del mismo así como sus fortalezas y debilidades.

Queremos agregar que el libro puede ser de interés inclusive para aquellos que no sean especialistas o que no estén interesados en el trujillato, debido a las implicaciones que la caracterización del campesinado y su evolución durante el trujillato ha tenido para períodos posteriores al trujillato, en términos de la conformación social, cultural e ideológica del país. En este orden, vale la pena establecer algunas hipótesis sobre la conformación de las masas

⁴ Al inicio del libro, entre las consideraciones teóricas, Turits polemiza con el politólogo español Juan J. Linz, quien formuló de manera sistemática la categoría de “*régimen sultanístico*” inspirándose, precisamente, en el trujillato como un ejemplo modélico de dicha categoría. Para Linz el régimen sultanístico es una forma excepcional de sistema político que es capaz de persistir sin ninguna forma de consenso, legitimación, autoridad, políticas públicas aceptables ni una ideología creíble. Carece asimismo del desarrollo institucional, los controles y el orden típicos de la mayoría de los regímenes no-democráticos, y están dominados por un único líder que ejerce virtualmente un poder ilimitado con pura discrecionalidad, despliega unos niveles delirantes de crueldad y de hedonismo, adquiere grandes fortunas a través de la corrupción y mantiene el poder únicamente a través de recompensas materiales y duros castigos a un círculo de secuaces —ellos mismos aterrorizados por el dictador— así como a través del apoyo de intereses y poderes foráneos (Turits, pp.4). Como ya se sabe, Turits está en profundo desacuerdo con la caracterización del régimen de Trujillo como régimen sultanístico.

urbanas populares dominicanas en relación con lo que significa su pasado campesino en términos de los efectos de la memoria colectiva, expresión de patrones políticos de alianzas o de conflicto con instancias estatales, políticas y partidarias, y el estilo de su negociación con los poderes sociales y políticos en el territorio urbano. Este es, por lo menos para quien escribió esta reseña, uno de los beneficios adicionales que se derivan de la lectura del texto.

Anfitriones S. A.

José Amado Soler, No. 25
Ensanche Piantini, Santo Domingo
República Dominicana
Tels.: 809-541-8412 / 809-544-4441